

LA VASCOGUA

REVISTA ILUSTRADA

AÑO II

BUENOS AIRES, OCTUBRE 10 DE 1894

N.º 37



JOSE M. DE IPARRAGUIRE

ANIVERSARIO



L ver hoy cumplidos nuestros anhelos de cimentar sobre sólidas bases la existencia de una publicación consagrada á la colectividad vascongada, tan querida y respetada en esta tierra americana, no podemos menos de manifestar la íntima satisfacción, el casi orgullo de que nos llamamos poseídos.

¿Para qué hemos de relatar las dificultades, los trabajos y las inquietudes que supone el año transcurrido? Baste saber que el más hermoso de los triunfos ha coronado nuestros esfuerzos. Y este éxito no es solamente nuestro, puesto que para llegar á la altura en que hoy se encuentra LA VASCONIA, nos han prestado su eficaz concurso casi todos los vascongados residentes en estas playas: por lo tanto en la victoria tienen ellos, junto con muchos americanos de origen euskaro, una parte principalísima.

No dudábamos nosotros que los vascongados, amantes siempre del solar euskaro, de su historia imparangonable y de sus costumbres sin igual, respondieran á los fines de LA VASCONIA, pero hemos de confesar con nuestra habitual franqueza, que nunca creímos lo hicieran con tal entusiasmo, doblemente cuando al frente de nuestra Revista no figuraban personalidades de probada autoridad literaria, cuya capacidad garantizase el tratar con la debida altura los múltiples y bellos asuntos concernientes á nuestras queridas Provincias.

Ofrecimos en cambio toda la buena voluntad de que nos halláramos poseídos para llevar á feliz término tan honrosa empresa y nuestros comprovincianos confiaron en lo prometido. En todos sentidos digimos la verdad: ahí están esos treinta y seis cuadernos que acusan nuestros desvelos, nuestra contracción y nuestro buen deseo; y ahí están también esas páginas pregonando nuestra incapacidad: si algo bueno hay en ellas, es por la bondad misma de los asuntos y por los hechos meritorios de las personalidades, honra de la Euskaria, que ciñendonos rigurosamente á la más estricta verdad os hemos presentado.

Hoy circula profusamente LA VASCONIA

en toda la República Argentina, lo mismo que en la del Uruguay, y cuenta con numerosos adictos en el Perú, Chile, Bolivia, Paraguay y parte del Brasil, llegando algunos ejemplares hasta Méjico y la Habana, cosa que nunca soñamos nosotros al fundarla.

Esta entusiasta acogida, nos pone en la ineludible obligación de dar á nuestro decenario todo el impulso que posible nos sea para responder debidamente á la confianza de que somos objeto por parte de todos los vascongados residentes en la América española.

Con imprenta propia y perfectamente bien instalada, escusamos decir que la Revista no corre las contingencias de los periódicos que no cuentan con estos medios. Por otra parte, acabamos de montar los talleres de fotografía, fotograbado y litografía, bajo la dirección del reputado artista señor Moracho, siendo los primeros trabajos artísticos que de ellos han salido los que componen el presente número dedicado á Iparraguirre.

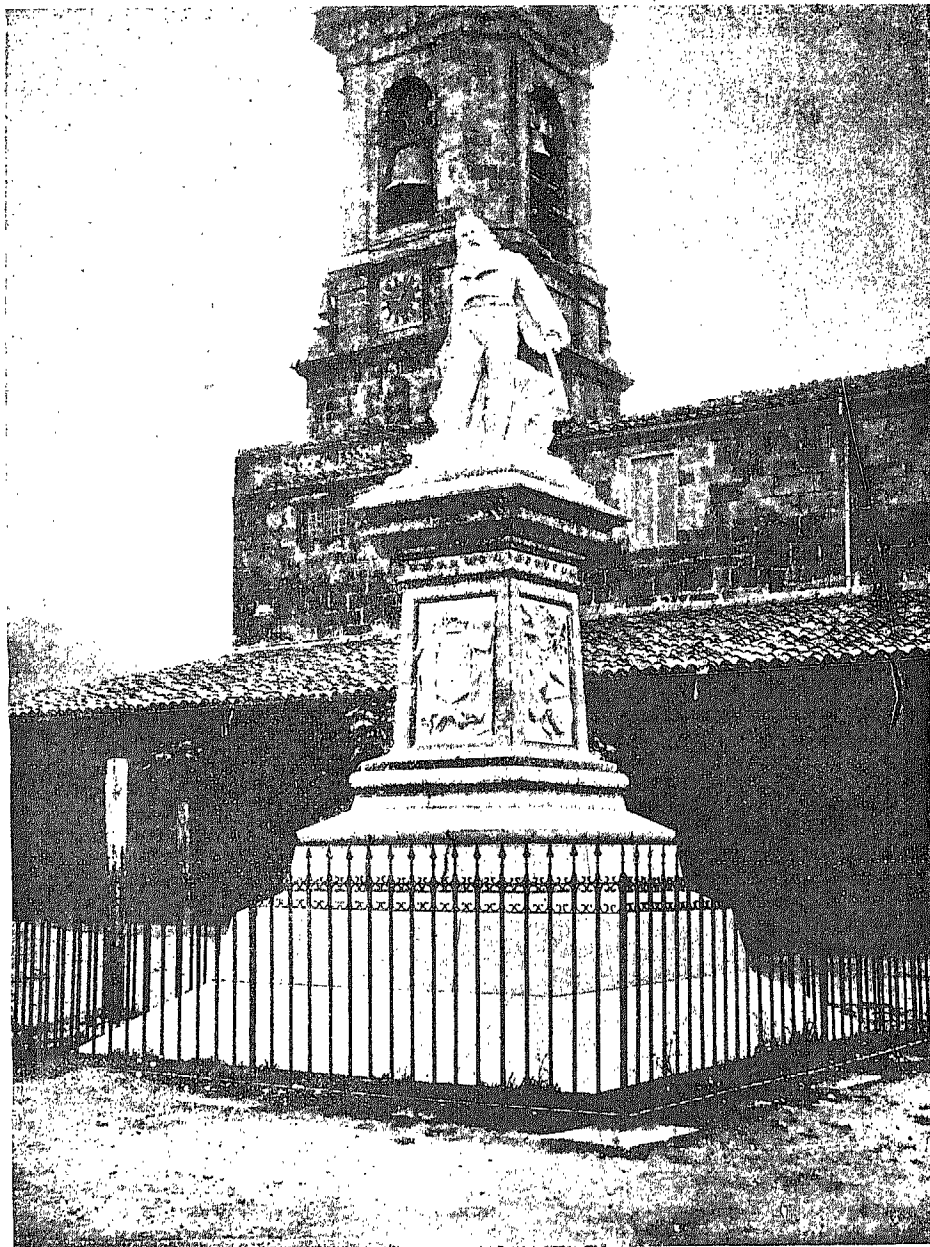
LA VASCONIA está llamada sin duda alguna á gran porvenir: su acción puede ser muy dilatada porque representa á una raza que, aparte de sus indisputables glorias como pueblo batallador por la libertad, el derecho y la democracia, ocupan muchos de sus hombres en la historia americana el puesto preeminente que la posteridad reserva á los pocos que en su paso transitorio por el mundo cumplieron como buenos. Ellos son los progenitores de muchos hombres ilustres que honran con su talento y virtudes á estos países de promisión.

Ojalá podamos dar cuanto antes á LA VASCONIA en este orden de ideas las proyecciones que deseamos.

Ahora, solo nos resta al cumplir el primer aniversario, manifestar nuestro profundo agradecimiento á todos los vascongados y descendientes de estos que nos han prestado su poderoso concurso para llevar á cabo obra tan patriótica.

Al mismo tiempo, nos es grato saludar á la prensa de esta República, y muy especialmente á la de nuestras provincias, por la benevolencia con que nos han juzgado durante el año transcurrido.

LA REDACCION.



Estátua erigida á Iparraguirre en Villarreal de Urrechu
el año 1889

IPARRAGUIRRE (1)



HERMOSO día el de hoy para las Provincias Vascongadas!

¡Veinticuatro horas robadas á las agitaciones, á las luchas, á las miserias de la vida, que rebajan la mente y envenenan el corazón, para consagrarlas al recuerdo, al amor, al culto del arte, que elevan el espíritu y purifican el alma!

Aun dando de mano, por ahora, á la importancia excepcional que este acontecimiento encierra, desde el punto de vista artístico y regional, bastaría la circunstancia de hallarnos aquí reunidos en fraternal comunión de ideas, palpitando nuestros corazones al unísono ideal del sentimiento, para ensalzar un acto que de tal modo une á los desunidos de la tierra y les lleva á celebrar, conmovidos y entusiastas, el triunfo de un genio del país.

No creáis que exagero al elevar á tales alturas á José María Iparraguirre. Si por genio se entiende al hombre superior á la generalidad de los demás por sus facultades intelectuales; si por genio se entiende la fuerza innata que crea, dirige y organiza, llegando á impulsos del talento á lo ideal en artes, en ese caso sería absurdo colocar á Iparraguirre en tan privilegiado lugar.

Pero si la virtualidad del genio reside en la inspiración que se desarrolla por un instinto especial, por una gracia divina; si la virtualidad del genio reside en la exquisita percepción de la forma, en la sensibilidad del espíritu, en una maravillosa disposición natural que realiza por encanto los mayores prodigios y descubre sin aparente esfuerzo tesoros de belleza artística; en ese caso yo me atrevo á afirmar resueltamente que la inauguración de la estatua de Iparraguirre representa hermoso testimonio de admiración y cariño que rendimos todos á un genio inmortal.

Y lo grande, lo extraordinario es que para hacerse digno de tan elevado título, ha bastado á José María Iparraguirre una obra, una tan solo, que quedará como monumento imperecedero de su fama y transmitirá su nombre, envuelto en glorioso nimbo, á las generaciones venideras: *Guernikako arbola*.

Bien sabe Dios que quisiera ser el llamado á relatar la historia del poeta y del músico, pero tengo forzosamente que renunciar á esa tarea y temo suceda lo mismo á quien se atreva á emprenderla mañana.

La historia de Iparraguirre! ¿Quién la sabe? ¿Quién es capaz de contarla? ¿Hay alguien capaz de escribir la biografía de un pájaro? ¿Hay alguien capaz de seguir las evoluciones del ave, en los torbellinos de un vuelo desquiciado, de señalar las ramas donde se posó, los arroyos donde apagó su sed, los aledaños bajo los cuales se cobijó en días de tormenta, las distancias que recorrió empujada por la brisa ó contrariada por el vendabal; los nidos que visitó, los cánticos de alegría que lanzó al aire, perdido en las alturas del espacio, ébri de libertad y de sol; y los quejidos de amargura, exhalados en tenebrosa noche, mudo el pico y arrastrando el ala, vencida por la vejez precursora de la muerte?

Tal fué Iparraguirre, ave audaz, desordenada, medio loca, que salió del nido materno á los 13 años y emprendió su vuelo fantástico á través de la vida, despreocupado de todo, con el culto á la patria por escudo, abrazado á una guitarra como amante inseparable, artista sin freno, aventurero colosal, que cantó ante el mundo entero y tuvo el mundo por escenario.

No me ciega la pasión al expresarme de tal manera. Si el público de Iparraguirre no fué siempre brillante; si su nombre no dejó huella en las diversas naciones de Europa que atravesó rápidamente el músico poeta; si el reclamo lo despreció, fué porque la naturaleza del artista, naturaleza burda, ordinaria, primitiva como pocas, pero independiente y honrada quizá como ninguna, era refractaria á los oropeles de la vanidad.

Cantaba por cantar y cantaba para comer. Mendigo del ar-

te, pordioscaba con grandeza, y ni había en su pedir la porfía obstinada del pobre de profesión, ni la miserable humildad del vergonzante desdichado.

De vez en cuando la grandeza del alma despreciaba el propio infortunio y acudía presuroso al alivio del infortunio de los demás.

Hallábase Iparraguirre en Londres sin recursos, viviendo á salto de mata, cuando vagando una noche por las calles de la gran capital, llamóle la atención una voz que salía quejumbrosa, plañidera, de un café cantante.

Entró en el establecimiento y divisó entre la humareda de las pipas y la atmósfera cargada del café, á un infeliz que rasgueaba una guitarra y cantaba cruelmente, en reducido escenario.

Las desgarradoras voces del infortunado llegaban á duras penas al público, que no paraba mientes en aquella música lamentable.

Terminado el acto, hizo el cantante su colecta, y tan menegada fué, que al retirarse el pobre músico, inundó el llanto sus ojos y quedaron bañadas en lágrimas las pocas monedas de cobre que entregara la compasión.

Iparraguirre, que había seguido paso á paso la escena, levantóse de su asiento, y abriéndose lugar entre los apiñados concurrentes, subió al escenario, empuñó la guitarra, sacudió como un león su melena admirable, irguióse delante del público, y fijando en éste sus ojos de águila, reclamó el silencio con imperiosa señal.

A la vista de aquel hombre extraño, robusto, fornido, de atléticas espaldas, duro entrecejo, frente ancha y deprimida, nariz aguilena, lengua y sedosa barba, y abundante y hermosísima cabellera que caía sobre los hombros en rizos de una coquetería y una elegancia femeninas, encuadrando la cabeza con fiereza y magestad, dignas del *Moisés* de Miguel Ángel; á la vista de aquel ser fantástico cuya mirada fascinaba ó imponía con durezas de bravucon y dulzura de apóstol, hubo en la muchedumbre un movimiento de admiración seguido de religioso silencio.

Iparraguirre cantó; cantó con voz estentórea, con fuego y pasión irresistibles, *El árbol de Guernica*.

Y aquella música magestuosa, aquella melodía llena de penetrante unción, cantada en extraño idioma, incomprensible para todos, cayó como una ola sobre la asombrada concurrencia, que se levantó electrizada y prorrumpió en aplausos y aclamaciones.

Después del *Guernikako arbola*, cantó Iparraguirre otro zortziko, y otro después, y después otros; y, enardecido por los vítores agotó su repertorio, en un ambiente caldeado por entusiasmos frenéticos; hirvió su alma al contacto de aquella reciprocidad popular; y, convertidos en vascongados los ingleses, vaciaron sus bolsillos en la boina del poeta.

Iparraguirre se dirigió entonces al escenario donde el pobre cantante había permanecido lleno de asombro al contemplar aquella aparición.

Y vertiendo el contenido de la boina en el sucio sombrero del inglés, saludó Iparraguirre al público, y desapareció. El inglés llevaba en su sombrero pan para sus hijos, hogar para toda la familia.

El vascongado erró quizá aquella noche por las calles de Londres, durmió al raso y se murió de hambre.

Este rasgo del carácter de Iparraguirre, rasgo que he recojido por ahí, al azar, como hay que recojer cuanto se refiere á su vida, revela la belleza de un alma indómita, sí, desordenada y fuera de toda regla de equilibrio y de orden, pero grande siempre, grande hasta en sus constantes extravíos.

Quién como Iparraguirre recorrió el mundo con una guitarra, enseña viviente del lema de Lutero, que preconizaba el amor al vino, al canto y á las mujeres, sin noción de sentido moral, no podía someterse á las leyes por que se rigen los seres que tienen un hogar, una familia, principios que respetar, enseñanzas que propagar, necesidades á que atender.

Y no podía hacerlo aquel que debería pasar á la posteridad con el título de "El gran Arlote," como decimos gráficamente en vascuence, y se llama á sí mismo el famoso poeta.

Gran arlote, en efecto, dechado de despreocupación, de abandono, de indolencia, de dejadez, que bebía, cantaba y amaba, sin dar importancia al acto y mucho menos á sus consecuencias.

Si es verdad, como el adagio popular lo afirma, que este mundo es un fandango, y el que no baila es un tonto, puede

(1) Damos como biografía el discurso pronunciado por nuestro compatriota el notable crítico musical don Antonio Peña y Gofí, al inaugurar la estatua de Iparraguirre en Villarreal. Es un trabajo digno de conservarse en las columnas de LA VASCONIA.

asegurarse que Iparraguirre se lanzó desentrenado al baile de la vida, hasta que, torpes las piernas y anquilosadas por la vejez, harto de placeres continuos, tuvo que dar fondo en su villa natal y apagarse allí en reducidísima estancia, rodeado de modesto ajuar, compuesto de un catre, un baul y una guitarra.

De ahí arrancan todas las incoherencias, las fantasmagorías todas de su existencia de aventurero, que comenzó con las célebres escapatorias al campo de los carlistas, durante la primera guerra civil.

Tenia entonces Iparraguirre diez ó doce años, y acudía puntualmente á la escuela municipal de Villarreal de Urrechu.

Salió de su casa un día á la hora acostumbrada, diciendo á su madre:

—Hasta luego; voy á la escuela.

Y marchóse al campo carlista, donde ingresó como alabardero de Carlos V.

Terminada la guerra, fué á Paris, y hay quien afirma que, enamorado de una cantante francesa, y enamorada ésta á su vez de las admirables facultades vocales de Iparraguirre, aprendió de ella la poca música que sabía el bardo, y se dió á conocer como cantante, llamando su voz de barítono extraordinariamente la atención.

Por testimonio de persona formal se sabe que Iparraguirre dió un concierto en San Juan de Luz, demostrando tal flexibilidad en su órgano y facilidad de vocalización tan portentosa, que ejecutó con la holgura y la maestría de una tiple ligera, el *Iru damacho* con variaciones.

Y no debe haber exageración en este juicio, si se considera que Iparraguirre se lanzó entonces á sus correrías artísticas, en compañía de la guitarra, y recorrió Europa dando conciertos.

Cuando regresó á la patria y llegó á Bilbao, pobre el bolsillo como cuando se fué, y triste el alma tras prolongada ausencia; atacóle inmensa nostalgia filial, hizo presa en él deseo ardiente, vehementísimo, de abrazar á su madre.

No la había visto hacía doce años, desde que se despidió de ella para asistir á la escuela de Villarreal.

Dió un concierto en Bilbao, y con sus productos encaminóse á Madrid, donde la anciana residía.

La madre de Iparraguirre vivía en la corte en misera buhardilla mantenida por la caridad. Almas piadosas mandábanla restos de comida y limosnas en efectivos, con las cuales pagaba el alquiler de aquel lugar insalubre.

Y aquella mujer necesitada y pobre, que vegetaba al amparo de las dádivas ajenas, recogía todavía en su desmantelada buhardilla á los vascongados sin pan ni lecho, y compartía con ellos los menguados restos que mandaba la caridad.

Averiguó Iparraguirre el paradero de su madre, subió jadeante las escaleras, paróse en la puerta y llamó.

Giró la puerta, apareció en su dintel la propia madre del bardo, fijo en ella Iparraguirre sus ojos amantísimos, abrió los brazos para estrechar en ellos á la anciana; pero una mirada severa, terrible, inexorable de ésta le detuvo.

Al ver á su hijo después de una separación de doce años, la madre le contempló breves instantes. Y sin que un músculo de su fisonomía se moviese, grave, inflexible, feroz, cruzó los brazos, y mirando de hito en hito al vagamundo, exclamó:

—*José Mari! ¿are alda eskolatik etortzeko orduba?* José Marial (¿es hora esta de venir de la escuela?)

Palabras dignas de una espartana y que revelan un alma templada en la salvaje moralidad de los antiguos euskaros.

Al escuchar aquella pregunta, Iparraguirre bajó los ojos, asustado ante la inesperada acusación. Cuando los levantó, preñados de lágrimas, como niño arrepentido que implora perdón, vió los brazos de su madre, grandes, abiertos, que lo llamaban á su seno, y arrojóse en ellos, y los dos pechos se soldaron, y el ambiente de la misera buhardilla se purificó con el llanto del amor!

Llego ahora á la parte más importante, á la hora suprema de la vida de Iparraguirre, al solemne momento que representa para el gran aventurero la inmortalidad.

Cuando resonaron en fecha que no recuerdo, en las Cortes españolas, aquellos vehementes discursos de Sanchez Silva contra los fueros vascongados, discursos que azotaron el rostro de Euzkaria con las violencias de una diatriba encarnizada y feroz, contestaron en Castilla las indignadas voces de Aldamar y D. Pedro Egaña con admirables discursos de que apenas queda hoy memoria.

Iparraguirre, en Guipúzcoa, se levantó y contestó á su vez, contestó con voz de gigante, acumuló todas las fuerzas de su espíritu, todas las energías de su alma, y lanzó con la potencia de sus pulmones de titan, una protesta grandiosa, grito de amor incomparable que repitieron las montañas, se extendió de valle en valle, de colina en colina, salvando precipicios y torrentes, y quedó impreso como escudo invulnerable en el corazón de todos los vascongados: el *Guernikako arbola*.

Donde la política sucumbió, venció el poeta; y la elocuencia del patricio, la sabiduría del ser culto, las disertaciones galanas, la elegante locución del orador diestro en las lides parlamentarias, tuvieron que ceder el paso á la abrupta inspiración del ciudadano oscuro, al canto prodigioso del montañés.

La inmortalidad de Iparraguirre está ahí, en *El árbol de Guernica*, himno de pasión intensa, melodía de adoración, gemido grandilocuente de humildad y de esperanza, en cuya sencillez primitiva parece reflejarse el temperamento de un pueblo entero, y cuyos acentos piden al amor, que une y fortifica, lo que no puede alcanzar el odio, que divide y exaspera.

El canto inmortal de Iparraguirre tiene eso de grande: no es el canto de la ira, es el canto del consuelo; no es la convulsión de la rabia, no es, para decirlo en términos vulgares, el derecho del pataleo.

No; *El árbol de Guernica* representa algo que vuela por encima de las pasiones humanas.

Cuando la inspiración rozó con sus alas de oro la mente del poeta, infiltró en ella el sentimiento casto, puro, immaculado del amor.

Y á sus impulsos surgió súbitamente el himno genial, mensajero de cariño augusto, que recuerda nuestras leyendas, que guarda nuestro secreto y á cuyos pies yace enterrado el cadáver de nuestra libertad.

Se ha dicho que *El árbol de Guernica* es nuestra *Marsellesa*. No, no es cierto.

Entre el canto iracundo de Rouget y el pausado himno de Iparraguirre media un abismo.

Escuchad al primero:

Aux armes, citoyens! Formez vos bataillons! Qu'un sang impur abreuve nos sillons!

Oíd al segundo:

*Eman tu zabalzasu
munduan fruituba!
adoratzen zaitugu
arbola santuba!*

(Esparce tus frutos por la tierra! Nosotros te adoramos, oh árbol santo.)

Las exclamaciones de Rouget de l'Isle son el ruido de la venganza, el toque de somaten que inclina á la guerra y pide el exterminio.

La invocación de Iparraguirre es una tierna metáfora, el *Angelus* vascongado que llama la concordia y reclama la paz.

Donde el uno grita: arriba! y á matar! el otro implora: de rodillas y á orar!

Rouget peleaba contra el extranjero, contra el usurpador; Iparraguirre se dirigía á su propio hogar, á sus amigos, á sus hermanos.

De ahí viene seguramente ese matiz importantísimo que separa á la *Marsellesa* del *Guernikako arbola*, matiz honroso para el vascongado, timbre de gloria para Iparraguirre, cuya grandeza de alma, cuyo admirable patriotismo, aparecen consoladores y fuertes en su himno inmortal.

Yo lo he dicho antes, y lo repito ahora: la inmortalidad para Iparraguirre está en *El árbol de Guernica*.

Registrad su obra, obra de poeta y de músico. Encontraréis en ella, pequeña como lo es y no exenta de lunares, una joya de ternura filial: el zortziko *Adios, nere bioteko, amacho matia!* (Adios, madrecita de mi alma!) adorable inspiración que tiene el perfume de un sentimiento infantil; y el canto *Zibillak esan nautu biziro egoki*. (Los guardias civiles me han dicho con buenos modos), lamento humilde y resignado del preso que busca en el recuerdo de su madre consuelo á la aflicción, pensando en las lágrimas de la anciana, y enjugando con ellas su propio llanto.

Pero con ser estas composiciones dos perlas del genio de Iparraguirre, no tienen, no pueden tener la significación de *El árbol de Guernica*.

En aquella palpita solo el corazón del poeta; en ésta, uniéronse el poeta, el patriota y el músico, para hacer latir unánime los corazones de todos los vascongados.

Dos grandes amores iluminaron siempre la agitada existencia del bardo: el amor á su madre y el amor á la patria, y bastaría tan solo el himno imperecedero que nos ha legado para redimirle de sus constantes extravíos, para idealizar su figura y señalarnos el camino de amor que habrá de consolidar nuestros afectos y animarnos y fortalecernos para lo porvenir.

Iparraguirre nace hoy para la posteridad. El ayuntamiento de Villarreal de Urrechu le ha erigido una estatua que acabamos de descubrir solemnemente.

Gracias sean dadas á esta pobre cuanto modesta corporación municipal que tan alto ha subido al honrar el génio del poeta, y á la cual todos los hijos de Euskaria deben tributo eterno de gratitud y estimación.

Las dádivas de amigos y admiradores han labrado á Iparraguirre el pedestal de su gloria.

Bien hayan esos amigos! bien hayan esos admiradores!

Su obra es grande, es bella y es útil; grande, porque eleva al pequeño, bella porque enaltece al país al perpetuar la memoria de uno de sus hijos, y útil porque queda como luminoso faro de amor para futuras contingencias.

Fijad los ojos en esa estatua. No es el guerrero, no es el conquistador, no empuña su diestra ninguna arma homicida; no es el sabio, no vereis en torno suyo ningún instrumento de la ciencia; no es el artista de fama mundial, ídolo de públicos, ébrio de aplausos, rico y poderoso quizá; no busqueis en su frente el laurel, ni á sus pies la lira.

Es el pobre hijo del pueblo, el campesino humilde, el desheredado pária. Calzado con toscas abarcas, vestido con el ordinario calzon, la faja de estambre, y la camisa de lino del montañés, sostiene una azada su diestra mano y lleva en su izquierda la guitarra. *Omnia mea mecum porto!*

Después de sus peregrinaciones por el mundo; después de su odisea errante, crizada de aventuras, después de una vida de preocupaciones, abandonos é inmoralidades, incoherente y confusa, extraña, desquiciada y simpática á la vez, mezcla informe de extravíos odiosos y de sublimes abnegaciones, Iparraguirre descansa al fin.

Su valle natal le ha recogido; sus amigos le han colocado en medio de las fragosidades del monte que robustecieron sus pulmones y le enviaron quizá el poder de la inspiración.

Aquí está bien; está en nuestra casa y entre nosotros. Si somos pocos, si somos los menos, será por eso mayor nuestro cariño, y concentraremos en su hermosa y característica figura el amor á nuestra patria, á nuestras costumbres, á nuestro pueblo, á las tradiciones y á los recuerdos de nuestra raza.

En el eterno vaiven de las cosas humanas, en el continuo tejer y destejer de la política, hoy caerá lo que se levantó ayer, y mañana surgirá lo que destruyó el pasado.

Lo falso y convencional dejará, como siempre, paso deleznable y efímero, y el tiempo reducirá á cenizas monumentos soberbios erigidos á la mentira y á la vanidad.

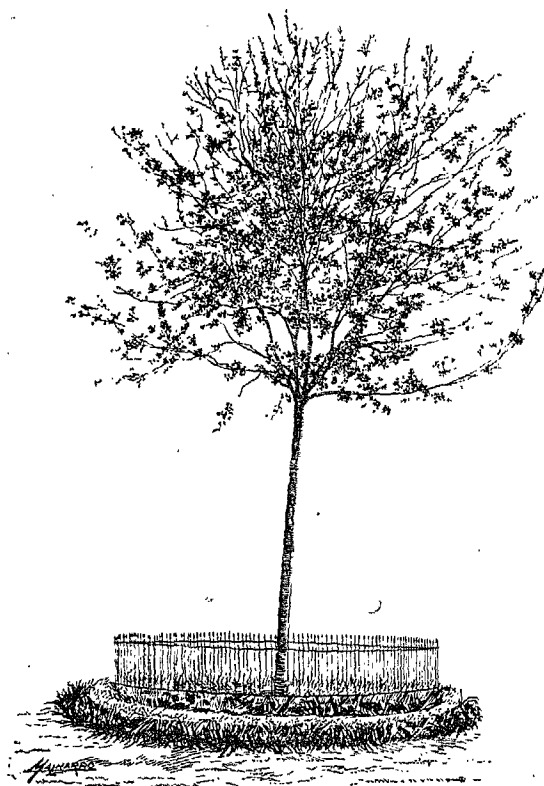
Pero Iparraguirre queda para siempre; queda porque es la verdad, el verbo del pueblo euskaro; queda porque ha encarnado en *El árbol de Guernica* la santidad de nuestro duelo, la esencia de nuestras aspiraciones, la sustancia de nuestro ser.

El himno que encierra la savia de un pueblo se oirá mientras ese pueblo exista; se transmitirá de generación en generación, como un legado del alma; predicará, con él, sueño ideal de paz y concordia universales, y quedará perdurable aureola, ciñendo la frente de Iparraguirre, con todos nuestros amores y todas nuestras esperanzas.

Iparraguirre es esperanza y amor. Amemos y esperemos. Nuestra cruz de Constantino está en el *Guernikako arbola*. *In hoc hymno vincet.*

De este modo extrayendo del recuerdo del poeta la fuerza necesaria para esperar y amar, nos haremos dignos de la obra que nos ha dejado, honraremos su memoria, propagaremos su evangelio, y conseguiremos ¿quien sabe? que la inmortalidad de Iparraguirre sea preludio de nuestra futura redención!

ANTONIO PEÑA Y GOÑI



El retoño del Árbol de Guernica

PLANTADO EN LA PLAZA EUSKARA

Radiante se refleja en tí la gloria
Secular, por herencia transmitida,
Flebe rama de estirpe esclarecida,
Celebrada en los fastos de la historia.
Unido vivirás en la memoria
De la vascona raza agradecida
Al roble augusto que te dió la vida,
Si emulas su existencia meritoria
Lejos, muy lejos de la amada España,
El férreo despotismo del destino
Te hizo emigrar con despiadada saña.
Mas si á tu fatal suerte así convino,
Podrás alzar al cielo en tierra extraña
Sin temor, tu gentil tallo divino.

* * *

EL ROBLE DE GUERNICA

EN LA

PLAZA EUSKARA



los entusiastas jóvenes vascongados que fundaron la Sociedad Laurak-Bat y echaron los cimientos de la Plaza Euskara, dando así la más alta idea de su cariño al suelo nativo, natural era que se les ocurriese la plantación de un retoño originario

del roble secular de nuestras tradiciones, para que se desarrollase lozano al calor del espléndido sol americano en aquel local que vino á ser una especie de república dentro de la nacionalidad argentina.

Uno de estos jóvenes, D. Anselmo Gomen-dio, con una actividad digna de todo encomio, púsose en campaña para conseguir mandaran de Guernica una planta de roble, consiguiéndolo al poco tiempo con gran satisfacción de todos sus consocios.

El 23 de Enero de 1882 D. Antonio Lopez de Calle, archivero de Guernica, entregaba á D. Juan Cortabarría un pequeño retoño. El acto fué revestido de todas las formalidades requeridas, haciéndose la entrega ante el escribano público de Guernica D. José Arostegui, interviniendo como testigos los señores Gabriel Goitia y Mateo Bustingorri.

El documento público, que fué firmado por dichas personas y además, entre otras autoridades, por el presidente de la Diputación foral de Vizcaya D. Benigno de Salazar y el representante argentino en Bilbao, tiene varios informes siendo los mas notables el de D. Antonio Trueba y el de los señores Sagarminaga y Adan de Yarza estos dos, los últimos diputados forales por Vizcaya.

Llenados estos requisitos fué remitido el retoño á D. Juan Carlos de Alzaa residente en Oñate, el cual lo remitió á Buenos Aires consignado á su sobrino D. Anselmo Gomen-dio, recibiendo aquí con extraordinario regocijo.

El día 1º de Noviembre de 1882 al inaugurar la Plaza Euskara se procedió á la bendición del pequeño roblecillo con asistencia de numeroso público. La ceremonia religiosa estuvo á cargo del P. Laphizt, capellan del templo de San Juan y fueron padrinos el Dr. D. Toribio de Ayerza y su distinguida esposa, siendo presidente de la Sociedad Laurak-Bat don Antonio de Apellaniz.

Leida el acta por el secretario D. Juan Sagaristua, uno de los ejemplares encerrado en una caja de hierro, se depositó al pié del árbol, mandando otro á cada una de las diputaciones forales de las cuatro provincias, quedando tambien otro en los archivos de la Sociedad.

D. Torcuato T. de Alvear, euskaro de origen y á la sazón intendente municipal de Buenos Aires, dió en el acta 5000 pesos para la caja protectora del Laurak-Bat, acta que revela los filantrópicos sentimientos del ilustre argentino, así como su cariño por la colectividad vascongada cuyas condiciones de laboriosidad y honradez fueron ensalzadas en muchas ocasiones por el señor Alvear.

Trascribimos á continuación el informe del inspirado Trueba contenido en el acta de entrega del retoño en Guernica.

"El que suscribe, Archivero y Cronista de Vizcaya, Padre de provincia del mismo Señorío, correspondiente de la Academia española de la Historia y de la de Ciencias de Lisboa, Comendador de número de la Orden americana de Isabel la

Católica, etc., cuyas distinciones únicamente enumera por tener ocasion de decir que estima en más que la mayor parte de ellas la de ser socio honorario del *Laurak-Bat* de Buenos Aires, ha sido invitado por los Sres. Cortabarría y Gomendio á adicionar la precedente acta notarial con las noticias históricas que puedan ampliar ó ilustrar el contenido de la misma, y accede gustoso á esta invitación por estar relacionada con el profundo amor á la tierra natal y á sus instituciones y costumbres que conservan nuestros compatriotas residentes en América y muy particularmente los que en la República Argentina, han hecho nobilísimo alarde de este amor al crear en Buenos Aires el establecimiento que han denominado *Plaza Euskara* y han puesto bajo la protección moral y patriótica del árbol simbólico de nuestras libertades.

Es costumbre inmemorial en la tierra euskara, y muy particularmente en Vizcaya, la de renovar los árboles forales por medio de plantas brotadas de semilla de los mismos árboles. Siguiendo esta costumbre, en 1811, en que vino al suelo por efecto de su ancianidad, que pasaba de trescientos años, el roble foral de Guernica, le sucedió el actual que procedía de su semilla, como á éste sucederá, cuando desaparezca, otro que cuenta aproximadamente veinticinco años, ostenta gran desarrollo y lozanía y hasta tiene la singularidad, debida exclusivamente á la naturaleza, de dividirse su copa ó ramaje en cuatro brazos que parecen simbolizar á las cuatro provincias por excelencia hermanas, arrancando de un comun tronco y diferenciándose solo en accidentes muy secundarios.

En siete de Febrero de 1859, al Este del Consistorio foral de Guernica, se sembraron veintinueve bellotas tomadas del roble foral y se levantó acta solemne y autorizada del acto, que existe en los archivos de mi cargo. De aquella siembra procede el roble joven que existe delante del antiguo, y aquel pequeño vivero se ha ido desde entonces con frecuencia nutriendo y reponiendo de las plantas perdidas ó extraídas con la siembra de bellotas del roble tradicional, aunque no con la solemnidad usada al formarle en 1859, con la presencia de personas autorizadas entre ellas el señor Padre de provincia residente en Guernica y á cuyo cuidado están el archivo general y el Consistorio del Señorío.

De las reposiciones hechas de este modo procede el tierno roblecillo destinado á la *Plaza Euskara* de Buenos Aires y cuya extracción y procedencia autentiza el acta notarial que precede á estas noticias cuya única autoridad es la que puede darse al que las suscribe en Bilbao á 25 de Enero de 1884.

Antonio de Trueba."

Al precedente documento debemos añadir que fué como milagro providencial el que el roblecillo procedente del histórico de Guernica llegase con vida á Buenos Aires, á pesar de todas las precauciones que se tomaron tanto para que no se interrumpiera su vegetación como para que llegara en el más breve plazo posible á su destino. Por una serie de extrañas y desfavorables circunstancias, estuvo largo tiempo detenido en la frontera y en Francia hasta que por una feliz casualidad en Burdeos dió en manos de un inteligente arboricultor que salía para la República Argentina y empleó toda su inteligencia y celo en devolver el vigor que habia perdido, hasta que le entregó en Buenos Aires.

El árbol crece sano y robusto. La fotografía que ofrecemos está tomada en momentos de salirle la hoja.

Muchas veces bajo sus frondosas ramas se ha cantado el Guernikako-Arbola y no hay un solo vascongado que pase indiferente á su lado ni deje de recordar que, lejos de nuestra amada Euskaria él es quien simboliza cuanto de magno y hermoso ofrece á la contemplación del mundo nuestro bendito país.

A LA MEMORIA DE IPARRAGUIRRE



o conservo en mis estantes con solícito cariño, un libro cuyas páginas destilan amargura y que parece estuviere escrito con lágrimas de dolor.

Quando mis ojos, ávidos de llevar la luz á mi cerebro escudriñan aquellas amarillentas hojas, que son el desahogo de un espíritu rendido al peso del infortunio, hiélase-me la sangre recordando á su autor y exclamo con el alma dolorida: ¡pobre Edgar Poe! Fué necesario se apagara tu existencia, para que la humanidad te adjudicase el mérito que, para oprobio suyo no te quiso reconocer en vida: fué inevitable te hiciera Dios el favor de enviarte al sepulcro, para que tus verdades, dichas desde el barro ó desde la mesa de una miserable taberna, resplandeciesen eternamente como la mas alta manifestacion del pensamiento: fué preciso en fin, que la tierra abrazara tu materia, indigna de una alma como la tuya, para que los sentimientos esquisitos de tu corazón, junto con la luz poderosa de tu mente, encontraran en la patria que te dió cuna el aplauso que los pueblos prodigan al génio despues de estinguído.

Contemplad el mundo si vuestros ojos no se resisten á las iniquidades; estudia un momento la sociedad si á vuestros sentimientos no repugna tarea tan ingrata y vereis que las vaciedades dichas bajo las doradas techumbres de los palacios, por los hombres que saben engañarla, obtienen en vida de quienes las emiten, la resonancia que no consiguen los humildes al hablar al mundo desde la calle, á la luz del sol y con la misma pureza que sus esplendorosos rayos.

Entre la existencia de Edgar Poe y la de Iparraguirre pareceme encontrar muchos puntos de semejanza: ninguno de los dos fué debidamente comprendido en vida. Hombres superiores, no quisieron tomarse la molestia de engañar á sus semejantes, (si ellos pudieron tener semejantes) procurando la ocultacion de sus debilidades ó defectos bajo el hábito incógnito de la hipocresia: presentaron por el contrario sus vicios con la misma franqueza que sus opiniones; es mas, viviendo la vida del espíritu, creo que ni se apercibieron de los errores del cuerpo.

El insigne cantor del Arbol de Guernica, como buen hijo del pueblo, nunca se preocupó del juicio que podian merecer sus actos á los que visten chaleco de tisú como arma poderosa para defenderse de la sociedad y sus asechanzas. Humilde y espontaneo trovador, llena su mente de hermosos ideales y depositaria su alma de las mas delicadas ternezas, abandonó la materia á las exigencias de apetitos desordenados; no quiso ocuparse de ella y quizá tuvo razon al despreciar una cosa que tan poco vale: pero mientras su cuerpo, errante y desquiciado, ostentaba el sello del vagamundo, su espíritu, con algo de divino batia siempre sus alas en las alturas: fenecia la obra de la Naturaleza para resplandecer gloriosa la de Dios. ¡Sublime, incomparable desequilibrio!

Siendo su culto la libertad, no pudo ni quiso amoldarse á ficticios comedimientos, á composturas exigidas entre los hombres para disfrazar con lujo la mentira, á todos esos accesorios en fin con que se atavia el engaño para hacerlo presentable. Iparraguirre fué todo verdad y su franqueza es digna de aplauso, siquiera por lo original que resulta; porque ¿quién se atreve en nuestros días á presentarse tal cual és?

Enamorado de su patria con la vehemencia de un temperamento por demás apasionado, Iparraguirre lloró con ella sus desventuras, y sus himnos, verdaderas quejas del alma, tienen toda la melancólica poesia arrancada á la tristeza, todas las ansiedades surgidas del dolor, toda la sublime belleza del sentimiento, todo lo magnánimo de la generosidad, toda la hermosura de lo noble y toda la grandeza del sufrimiento, que á los espíritus selectos, mojonos rarísimos en la humanidad, producen las desgracias comunes.

Herido en Castrejana y Arriogorriaga por el plomo miserable de la guerra civil, es el soldado ignorado que, entre el agonizante clamor de los caidos, el redoblar de los tambores, el estridente sonido de los clarines y el fúnebre estampido de los cañones, eleva á Dios tiernas plegarias pidiendo la felicidad de Vasconia, amenazada de mutilacion y de muerte. Las balas han derribado el cuerpo del militar abnegado; pero el espíritu del artista y el génio del poeta brillan con los fulgores de la inspiracion sobre los arrebatos de las humanas pa-

siones y sobre las iniquidades de una lucha engendrada por las pequeñeces de la ambicion y del odio.

Desterrado del suelo patrio por el enorme delito de cantar las glorias de Euskaria, la dirige con mayor fervor sus versos desde tierra estraña, y hasta las vibraciones de su desvencijada guitarra parecen revelar la profunda pena del humilde emigrado, que no es político ni cursa la intriga de las conspiraciones, sino un sencillo poeta, nacido en las crestas de una montaña, libre como las águilas, inspirado como un gilguero y dulce como un arrullo, que consagra á su patria, la eterna desposada de su corazón, todas sus esperanzas, todos sus amores y las delicias todas de sus ensueños.

Espulsado de Francia por cantar la Marsellesa, ese himno grandioso de la libertad, rueda Iparraguirre por Inglaterra entonando canciones vascongadas en estilo irolés; mas tarde pregonando en Alemania las bellezas de su pueblo al compás de aquella guitarra, aliada de sus glorias; traspasa por fin el Océano y las brisas de las pampas americanas agitan por espacio de prolongados años la hermosa cabellera del trovador euskaro.

Acosado por insistente nostalgia, su vida es aun mas desordenada, y entre desastres y miserias, rodando sin rumbo por todas partes con la pesadumbre del infeliz desterrado, cubierta ya su cabeza de artista con las flores del cementerio y blanca la barba como la nieve hacinada en sus montañas, alimentáse su espíritu al calor de la remota esperanza en volver al valle donde se halla arraigado el roble bendito de sus ilusiones.

En América nadie le entendió, y su desgracia fué inmensa, porque como ha dicho el inspirado poeta Manuel del Palacio:

“Hay padre Dante un dolor
Mayor que el que tu supones,
Y es sentirse suinseñor
En un mundo de gorriones.”

Por fin consiguió Iparraguirre regresar á su patria. ¡Dios premie la piadosa accion de los que le ayudaron á cumplir este deseo!

Llegado á Hendaya, á través el Bidasoa con la ansiedad del naufrago, dando su primer concierto en Funterrabia, la ciudad Eterna de la Euskaria.

Yo era muy niño, pero jamás se borrará de mi memoria la actitud de Iparraguirre en aquella noche. Al entonar la primera estrofa del Guernicako-Arbola, la emocion selló sus labios, se dejó caer la guitarra y llevandose las manos á la cabeza salió de su pecho de montañés un prolongado sollozo. Vuelto en sí, recogió aceleradamente aquel humilde instrumento, que podria compararse con un rabel pastoril, y con el cabello erizado y el rostro descompuesto, entonó con toda la fuerza de sus pulmones ese himno magistral que lo ha elevado á las anheladas regiones de la inmortalidad.

Esta conmovedora escena fué la nota culminante, el magnifico épilogo de la vida del inspirado y humilde cantor de las tradiciones euskaras.

Despues, ¡ah! despues murió en una miserable estera.

Así mueren los grandes.

Pero no importa, porque como decia Sarmiento por los hombres de valia, el cuerpo de Iparraguirre tuvo sangre de estatua.

LUIS JAIZQUIBEL.

Octubre 9 de 1894.

Guitarra zarcho bat det
Nik nere laguna;
Kantari pasatzen det
Gaba ta eguna.

Iparraguirre



IPARRAGUIRRE, á la edad de 32 años

(Dibujo de Malharro)

Las instituciones euskaras

Y EL

GUERNICACO-ARBOLA

IPARRAGUIRRE



Las antiguas civilizaciones de los pueblos del Oriente brillan en las nebulosidades prehistóricas de la humanidad, á semejanza de las estrellas lejanas, cuya luz amortiguada contemplamos en el zenit de nuestro horizonte.

Es tan difícil como determinar la naturaleza de estos astros, conocer el origen y las múltiples evoluciones de las razas y de los pueblos que iniciaron y cultivaron esas avanzadas civilizaciones orientales, de que nos hablan con la tradición recogida por los griegos, las ruinas de las ciudades asirias y los monumentos egipcios, que han sobrevivido á la memoria de sus fundadores.

De la lóbrega oscuridad que guarda el secreto de los actos y de los héroes de la grandiosa epopeya de esas antiguas conquistas de la inteligencia, surge sin embargo la luz increada, cultivada por su intelecto que, irradiando sobre los pueblos del Occidente ha fecundado la sabia de su pensamiento, para dar á su vez existencia á nuevas civilizaciones, que deparadas en la candente fragua de las eternas iniciaciones, sistemas, hipótesis, dogmas y revoluciones, ha salido ileso en su esencia del naufragio de las naciones, de los pueblos y de las razas, como el verbo divino, para dirigir los destinos de la humanidad, en el interminable camino de su adelanto y perfeccion.

Con todo, estas civilizaciones obedeciendo las inmutables leyes de las evoluciones progresivas á que parece estar sujeto todo en la naturaleza, se distinguen y caracterizan entre sí, no solo en el alcance de sus principios y manifestaciones sino aun en su misma forma, consistencia y estabilidad.

Juzgánolas con respecto á los países ó naciones que representan, puede decirse, que son el único testimonio que como monumento funerario han dejado los pueblos en pos de sí, porque seria tanto ó mas difícil que precisar el cielo que ha abarcado en los destinos de la humanidad cada una de estas civilizaciones el determinar ó averiguar las razas ó los pueblos que las cultivaron—las lenguas en que estos expresaron sus pensamientos,—las costumbres con que regularon sus usos—las creencias en que cimentaron sus religiones—y las conquistas y revoluciones de que fueron héroes ó víctimas.

En todo lo que alienta el soplo de la vida se ve pues, la atal influencia de la evolucion realizada en el tiempo; las razas humanas han modificado por la influencia de las conquistas y de la dominacion la propiedad de sus caracteres físicos,—las lenguas han perdido en sus infinitas mutaciones el significado de las raices fundamentales primitivas—y las costumbres el sello característico de la propia peculiaridad, que conjuntamente con la comunidad de la lengua establecen las relaciones de parentesco de los pueblos entre sí.

Solo hay un pueblo, por atrevida que parezca la aseveracion, que con poderosos fundamentos podria alegar la excepcion de esta regla á su favor, al menos en lo que se refiere al ciclo de su evolucion, y este es el Euskaro—ese pueblo que los romanos y cartagineses nos lo presentan hace mas de veinte siglos habitando en los mismos riscos y cuencas pirenaicas que habita actualmente, como una raza indómita que prefiere su modesta oscuridad en el goce de sus libertades, á la vana opulencia que le brinda la ciudadanía romana—ese pueblo euskaro, que al decir de ellos, no trepida en elegir la muerte infamante de la cruz, antes de doblar la cerviz al yugo del vencedor—y que en su lengua y costumbres nada tiene de comun con los pueblos que constituyen el vastísimo imperio romano.

En efecto, la raza euskara que se nos presenta en los albores de la civilización cristiana, en que parece iniciarse en el Occidente la vida independiente de los pueblos, espresándose en una lengua primitiva pero cultísima, sin raices y derivaciones estrañas—con hábitos y costumbres sencillos, independientes, honestos y peculiares, que tampoco permiten reconocer su

parentesco con los otros pueblos para poder apreciar su origen y las escalas de la peregrinacion que realizó para venir á establecerse allí y con instituciones nobilísimas que reflejan una civilización avanzadísima, tiene suficiente conjunto de circunstancias para evidenciar con la secular independencia de su vida, la excepcion de la regla señalada.

Y sin embargo, ¡cruel anomalía! en el mismo siglo en que todos los sabios é historiadores reconocen con la secularidad del pueblo euskaro, la bondad de sus costumbres y la gran provision y sabiduria de sus instituciones, se troncha la base de su existencia, que es su autonomía. En el siglo clásico que hemos dado en llamar de luces y reparaciones; en que el proletario y el rentista, el obrero y el académico, el estadista y el filósofo, el monárquico y el demócrata, el sabio y el ignorante, el religioso y el exceptivo conviene en todas partes en que el *desideratum* de todo progreso humano debe ser la dignificación del hombre, apoyada en prácticas, costumbres y leyes que en armónico concierto convergan á ello, surge la malhadada y brutal ley de la asimilacion; que á pretexto de una igualdad absurda demuele á nombre de la soberania de la única nacion á que el pueblo euskaro asoció su existencia, confiada en sagradas promesas; el soberbio baluarte de la mas legendaria autonomia administrativa de cuantas han existido en el mundo. Inconsecuencia incomprendible, para un siglo en que los pueblos hambrientos de rememorar su pasado, para ennoblecer su presente erigen costosos museos para guardar de la destruccion objetos baladis y restauran edificios que en algunos casos solo recuerdan lágrimas de dolor ó de vergüenza, destruyan el régimen institucional que ha hecho la felicidad de una raza desde los tiempos mas remotos—de un régimen que en definitiva es el monumento mas gráfico y quizá el único que pueda probar hasta la evidencia la factibilidad de la mas noble y legítima aspiracion humana: la de crear y cimentar instituciones que garanticen la vida libre é independiente del ciudadano sea pobre ó rico dentro del estado.

Pero en medio de todo el pesar que una injusticia de esta naturaleza puede originar, es preciso sin embargo reconocer, que las grandes claudicaciones y anomalías históricas obedecen las mas de las veces á un cúmulo de circunstancias fatales, que desarrollándose á semejanza de las tempestades meteorológicas, arrollan como estas cuantos obstáculos se oponen á su paso; y que la abolicion del régimen foral euskaro, de hecho se imponia en España como se habria impuesto en cualquier otra nacion europea, desde que se habia adoptado como sistema general de gobierno el unitario centralizador, que debia como consecuencia lógica concluir en absoluto hasta con el último vestigio de libertad é independencia que pudiera quedarles á los pueblos como herencia de su abolengo.

Esto lo comprendió el pueblo vasco desde que se dictó la Constitucion de Cádiz. Se dió exactísima cuenta de que el régimen autonómico de las provincias era de todo punto incompatible con la constitucion igualatoria que abolia la costumbre popular en la legislacion y en el gobierno, para subordinarla á leyes elaboradas en la cátedra y el bufete de legistas doctrinarios y sectarios—y que sobre todos sus derechos por sagrados que estos fueran, primaría el régimen principista, desde que este se imponia á nombre de la supuesta soberania nacional.

La sangre que costó esta intuicion nunca fué un óbice para que se conservara en las montañas euskaras: ¡tente el espíritu autonómico, que constituyó siempre el fundamento de su propia existencia, como pueblo libre, y manifestacion elocuentísima de ello fué, el inspirado canto del GUERNICACO-ARBOLA, que el vate Iparraguirre hizo resonar de un estremo al otro del solar vascongado, como oracion sacratísima elevada á Jaungoicoa, al Dios exselo de las alturas.

Y cosa admirable; las instituciones vascongadas creadas, ejercidas y sostenidas bajo la preferente égida de las masas populares, encontraron en un vate popular, cual lo era Iparraguirre, el salmista que debia entonar el epitalamio del pueblo vascongado con el simbólico árbol de sus libertades.

Como la verdadera grandeza que en sus magestuosos relieves se manifiesta en admirable sencillez, el GUERNICACO-ARBOLA que por su mérito intrínseco se ha constituido en himno sacro de todo vascongado, reúne en su hermosa sencillez, todas las condiciones de una santa plegaria que lleva al alma con los dulces efluvios de la fé serena que alienta y fortalece, los armoniosos conciertos de la justicia y de la esperanza, que abren al espíritu atribulado los grandes horizontes del porvenir.

Aunque en medio del pavoroso sopor que precede á las grandes revoluciones humanas á semejanza del que precede á los cataclismos terrestres, es difícil presagiar el porvenir que la suerte les depara á los pueblos, es de creer sin embargo, que el pueblo euskaro sacará ileso el tabernáculo de sus instituciones, de las profundas evoluciones y mutaciones á que parece abocada la vida institucional actual de las naciones, y que cualquiera que sea la forma de gobierno que triunfe en la terrible contienda, nunca será este más democrático, más social, más previsor, más estable ni más humano, que el legendario código institucional euskaro, que jamás transigió con las bastardías de la ambición avasalladora que degrada á las sociedades y á las naciones, ni con los locos devaneos de la vanidad privada ni pública, que enerva el sentimiento y prostituye los mas esenciales atributos de la vida humana.

Así pues, la raza euskara que ha escapado con raro y sin ejemplar constancia de las causas que han aniquilado á los pueblos y á las civilizaciones, y se encuentra en condiciones de poder exhibir á la faz del mundo sin clarificaciones, mutaciones ni vergüenzas que lo empañen el edificio secular de sus instituciones, podrá elevar con Iparraguirre sus preces hoy y siempre, mientras sea fiel á la memoria de sus padres, en la completa seguridad de que su himno GRIENDEKO-AMORA especialmente en sus estrofas primera, cuarta, sexta y octava, encierran el nobilísimo sentimiento de un pueblo que además de ser libre, es dignísimo de serlo.

JUAN S. JACA.

Octubre 1867.

IPARRAGUIRRE EN AMÉRICA

DOBRE y apesadumbrado, Iparraguirre abandonó su Euskaria querida y se dirigió á estas playas estableciéndose en la República Oriental despues de haber pasado algun tiempo en la Argentina.

En América como en Europa su vida fué la del verdadero bohemio. Puestos sus ojos eternamente en las montañas de su patria, entonó himnos inspiradísimos, verdaderos lamentos salidos de su corazón de artista á los impulsos de la mas penosa de las nostalgias.

Nuevo Homero, sus versos impregnados de melancólica tristeza, esparciéronse por las dilatadas pampas americanas y las armónicas vibraciones de su pobre guitarra fueron el mas hermoso de los recuerdos que el infeliz desterrado pudo dedicar á la patria Euskara, reina de su corazón, dueña absoluta de todos sus sentimientos y objeto constante de sus eternas esperanzas.

Formada su familia en suelo extraño, ni aun esta circunstancia pudo aminorar sus vehementes deseos de regresar á sus queridas provincias, donde sus patrióticos cantos hicieron renacer en todos los vascongados el amor á sus antiguas libertades, arrebatadas por hombres inespertos que jamás supieron penetrarse de la bondad de aquellas instituciones, origen de la mas antigua democracia y base de la mas pura libertad de un pueblo, cuya sábia organizacion no tiene ejemplo en los anales de la humanidad.

Como Santos Vega (aquel de la larga fama inmortalizado por el génio poético de Obliga-

do, tuvo Iparraguirre acentos de divina inspiracion, salidos de lo mas íntimo de su alma con esa espontaneidad propia del plebeyo, cuyas coplas sencillas tienen el mérito de la sinceridad, la delicadeza del arte y las dulces emanaciones del mas puro y esquisito sentimiento.

El año 1877 despues de una infinidad de desastres en sus faenas agrícolas, el inmortal trovador euskaro escribia la siguiente carta á sus amigos de Guipúzcoa:

«Costa del Ayojo El Daclá, á 4 de Marzo de 1877.

Mis buenos y queridos amigos:

Me dicen Vds. que les pinte mi verdadera situacion: hace 18 años que me casé en la ciudad de Buenos Aires, en la Iglesia de San Ignacio. A los pocos meses vine á esta república y me agradó mas por ser mas pintoresca y sobre todo mas montañosa (siempre me han gustado las montañas!)

Tengo seis hermosas niñas y dos varones; el mayor tiene 10 años y el menor un mes... (¡no se asusten!); de las niñas la mayor tiene 12 años. En todo este tiempo he presenciado siete ú ocho revoluciones, sin mezclarme en los disturbios del país (suspirando siempre por mi amadísima patria! He tenido buenas habitaciones que para nada me han servido, porque no tenemos un año bueno, pudiendo decirse que hemos sufrido las siete plagas; de manera que tengo muy cortísima fortuna, recolectada en Buenos Aires y en el Paraguay. El señor Romero Jimenez, director de *El Correo Español* que hace cuatro meses y medio que está preso en un buque de guerra por cuestiones políticas, fué el noble y generoso iniciador de la suscripcion en mi favor que me produjo algun dinero, lo cual me permitirá regresar á esa Euskaria de mi alma.

En breve ha de poder abrazarlos su viejo amigo.

JOSÉ M. DE IPARRAGUIRRE."

Al poco tiempo regresó el inspirado autor del *Guernikako-Arbeloa* á su país natal, donde abrazado á su guitarra, la compañera inseparable de sus glorias y de sus correrías, murió en su idolatrada Guipúzcoa viendo así cumplidas sus eternas aspiraciones.

H. E.

Octubre 7 de 1867.

Iparragirre

Izar argia
Ilundu da, ta,
Euskal-erria
Negarres:

Ill da gizonan
Gorputz tristea,
¡Beren kantuak
Inoiz ez!

Neure goguan
Ikusi ten dot
Jaunan onduan
Jarririk.....
---Beste munduan?
---Bai: ta an ez dago
Iparragirre
Alperrik!

L. DE O.

GUERNIKAKO ARBOLA ZORTZIKO

Poesía y música de IPARRAGUIRRE

CASTELLANO

I

El árbol de Guernica
es símbolo bendito
que ama todo euskalduna
con entrañable amor.
Árbol santo, propaga
tu fruto por el mundo
mientras te tributamos
ferviente adoración.

II

Segun la historia dice,
el árbol de Guernica
hace mas de mil años
por Dios plantado fué.
Árbol santo, no caigas,
que sin tu dulce sombra,
completa, irremisible
nuestra perdición es.

III

No caerás, robe amado,
si cumple sus deberes
Vizcaya reunida
en junta general,
porque las cuatro hermanas
te prestarán su apoyo,
para que el euskalduna
viva libre y en paz.

IV

Para que nunca caiga
ese sagrado símbolo,
doblemos la rodilla
é invoquemos á Dios,
que el árbol sacrosanto
vivirá eternamente
si á Dios se lo pedimos
de todo corazón.

V

Como todos sabemos,
en la tierra euskalduna
derribar se ha intentado
nuestro árbol secular.
Aunemos nuestras fuerzas
para prestarle apoyo,
y en pié seguirá el símbolo
de nuestra libertad.

VI

Roble antiguo y sin mancha,
permanece lozano
y en primavera eterna,
como en tiempo mejor.
Ten piedad de nosotros
y préstanos tu sombra,
porque todos te amamos
de todo corazón.

VII

El árbol nos responde:
«Vivid apercebidos,
y que yo nunca caiga
á Dios siempre pedid.»
No deseamos guerra,
que en paz, con nuestras leyes
sabias, libres y amadas,
deseamos vivir.

VIII

Pidamos á Dios todos
que con la paz fecunde
la tierra que sustenta
el árbol secular,
y su bendición santa
derrame generoso
sobre el pueblo euskalduna
que apoyo á este árbol dá.

A. DE TRUEBA.

VASQUENE

I

Guernikako arbola
da bedeinatuba
euskaldunen artean
guztiz maitatuba.
Eman ta zabaltzazu
mundaban frutaba.
Adoratzen zaitugu
arbola santuba.

II

Milla urte inguru da
esaten dutela,
jaincoac jarritzubela
Guernikako arbola.
Zade bada zuticain,
orain da dembora,
ororitzen bazera
arras galdugera.

III

Ez zera erorico
arbola maitoa,
baldin portatzen bada
vizeaico juntia.
Lauroc artuco degu
zurekin partia,
pakian bizi dedin
euskaldun gentia.

IV

Betico bizi dedin
jaunari esatzeco
jarri gaitezen danoc
laster belaunico,
eta biotzetican
escatu ezkeroc,
arbola bizico da
orain eta guero.

V

Arbola botatzia
dutela pentzatu
euskal erri guztian
denac badakigu:
en bada gendia
dembora orain degu,
erori gabetan
iruki biagu.

VI

Beti egongozora
uda berricia,
loro aiazietico
mancha gabecua.
Errukizatez bada
biotz gurecua,
dembora galdu gabe
emanic frutua.

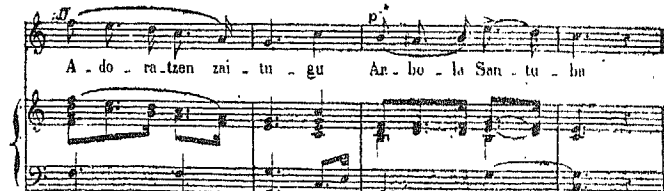
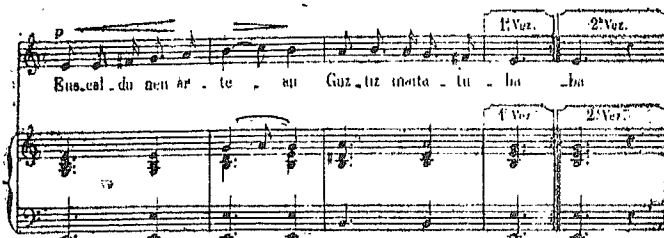
VII

Arbolac erantzun du
contus bizitzeco,
eta biotzotican
jaunari esatzeco.
Guerracic nai ez degu,
pakian betico
gure lague zuzonac
emen maitatzeco.

VIII

Erregutu diogun
aungoico jaunari
paquea emateco
orain eta beti;
bai eta indarore
zedorren hurrari,
eta bendizioa
euskal-erriari.

J. M. DE IPARRAGUIRRE



JOSÉ MARÍA IPARRAGIRRE-RI

BERE TALLUNTZAREN AGERKERAN

Euskaldunaren izar argiya
 maisu osoro bikaña,
 egiñ oidezu euskaragatik
 biyotzez heste bik-aña;
 pare gabeko itz ezitsua
 manchik gabia mingaña,
 gitarehoakin beti kantari
 jo zenuben zuk goi-gaña.

Argitaratu zenituben zuk
 soñu dontsu ta eztiyak,
 argitaratu itz neurtu eder
 doñ ederrez jantziyak;
 amoriyak biyotz gurian
 gordiak dauzka guziyak,
 inola eziñ aska litezken
 moduan sendo josiyak.

Argitaratu nola zenuben
 añ gauza eder ta aundiya,
 ala berian argitaratzen
 zaituzte lorez jantziya;
 izan zaitozen euskaldunaren
 betiko *Orobengariya*,
 eta gañera onra dezazun
 zu jayo zifan erriya.

José Añola.

MENDI-MAITIAK

Muy amados son los padres, los hijos,
 los parientes y los amigos; pero todos
 estos amores los encierra y abraza en sí
 el amor de la patria.

(Los otros: Maria Tello Cicerón).



AE el soldado en la batalla, y esclama: ¡Madre mía! Al recuerdo evocado, de la que le dió ser, acuden las risueñas imágenes del campo verde y de la graciosa colina, y vé á través de los azulados picos montañosos que limitan el horizonte, aquel rincón, siempre bello, donde vió la luz primera, y donde corrieron felices las horas tranquilas de la inocente infancia.

Combatientes de la vida, los hombres suspiran por la lejana patria querida: surca las combatidas olas el marino, siguiendo el derrotero de sus costas náuticas; batalla el obrero en la dura lucha por alcanzar el pan cotidiano; gira febril en la constante preocupación del tráfico agitado, el comerciante; y todos ellos, en los momentos de reposo, al mágico acorde de música misteriosa de la bendita tierra de nacimiento, sueñan en el perfumado ambiente—tan encantador es al alma—del lugar inolvidable de sus primeros pasos.

Y así es el pueblo, y así lo canta en coplas, jácaras é historietas de gracejo picante: el ro-

mance es popular en la ciudad; está en todas las bocas entre los rústicos *basarrilarrac* y suena aún en las solitarias cumbres, donde la entona el ágil cazador y el tranquilo pastor que cuida su ganado.

Poesía indígena, gérmen de la poesía castellana, fué el romance; sencillo, ingenuo, más del vulgo, si se quiere, por la franca efusión del poeta, que manifiesta su sentimiento, y hace latir el corazón de las muchedumbres. Así tal vez la consideren los doctos, la poesía euskara: sea en buen hora, más felicitémonos de que *haya poesía*, como graciosamente decía Iriarte (aunque con cierta ironía, con la que no estamos de acuerdo) al oír cantar á un ciego. No tendrá Iparraguirre el vuelo prodigioso de las *águilas* del templo de las musas, pero hace sentir, conmueve, encanta... ¿Qué más se quiere?

Es tan conocido todo lo del bardo guipuzcoano, que me apenas no poder citar algo nuevo, inédito, del celebrado autor del «Guernicaco-arbola», y una feliz casualidad, y la amable complacencia de nuestro paisano D. Avelino de Aróztegui, á quien doy las más expresivas gracias, me ha proporcionado una de las primeras composiciones de Iparraguirre: ¿cómo la tituló? No lo sé, ni han sabido decírmelo, y por el sentimiento pátrio que en las bellísimas estrofas que siguen se refleja, lo bautizo como vá, y sírvame esto de disculpa.

MENDI-MAITIAK

I.

Iehusua azarre dago;

Aiceak nastuta;
 Asmoak galdu ditu
 Gure pilotuak.

Bieiya kentzen badit
 Neri iehusuak,
 ¡Negar asko eguñogodu

Nere ama gaisuak'

II.

Aiceak eta urac
 Denok alkarrequin
 Farra eguñ mañute
 Gure ontziarekin.

Onetan zebiltzala
 Deabru guciak,
 Arpeguia eman egin
 Guri eguzquiak.

III.

Anik piska batera
 Eguzqui arguadi
 — ¡Beguira!, ezan egin
 Bizeatko mendiak.

¡Nere mendi-maitiak,
 Zuek icustuan
 Pill-pill, nik sentitzendet
 Nere biyotzian'

MONTES-QUERIDOS

(TRADUCCION LITERAL)

I.

La mar está furiosa (incomodada);

Los vientos revueltos;
 Las esperanzas ha perdido
 Nuestro piloto.

Si la vida me quita
 A mí el mar,
 ¡Cuántas lágrimas (horos) llorará (hará)

Mi pobre madre!

II.

Los vientos y las aguas
 Unos con otras,
 Quieren (reirse) hacer juguete
 De nuestro barco.

Andando en esto
 Los diablos todos,
 Nos enseñó su cara
 A nosotros el sol.

III.

De allí á poco (1)
 El sol (claro) reluciente
 — ¡Mirad! nos dijo
 Los montes de Vizcaya.

¡Mis montes queridos,
 Al veros
 Tic, tac (2) yo siento
 En mi corazón!

(1) Pisca batera. Es intraducible, porque debía ser—A poco uno.

(2) Pill-pill.—Semeja el latido apresurado del corazón emocionado.—Tic tac, será la única traducción posible, aunque indica tranquilo movimiento.

Aunque inédita esta composición encantadora, ha sido conocida por unos cuantos vascongados, quienes han oído así mismo la música de su zortzico, que dicen es bellísima. No la hemos podido conseguir y por eso no la publica LA VASCONIA.

¿Cuál fué el motivo de estas estrofas? Escritas por Iparraguirre, según el Sr. Aróztegui, al venir á estas regiones del Plata, á las pocas horas de su salida, ante un espantoso temporal en las costas del Cantábrico, que agitando el alma entusiasta del poeta euskaro, vibró sus cuerdas más sensibles, las dos Madres inspiraron las dulcísimas estrofas: la que lo tuvo en su seno y la patria, nunca olvidada, madre tierna á que vuelven nuestros ojos en las horas de dolor.

Quizás si viviese, cantara el trovador único del siglo XIX, la patria idolatrada, inspirándose en el inmortal Leopardi, cuya *bella lingua* le era conocida, imitando fielmente la sentida queja que allí resuena, tan aplicable, por desdicha, á nuestro hermoso país.

O patria mia, vedo le mura e gli archi
E le cologne e i simulacri e l'erme
Torri degli avi nostri;
Ma la gloria non vedo,
Non vedo il lauro é il ferro ond'eran carchi
I nostri padri antichi.

¡Quién sabe! Surgirá tal vez otro poeta, de fecundo estro y poderoso núnmen que ensalze al país proscrito por torpezas de sus hijos y amaños de los estraños: cantará con valentía las glorias hoy olvidadas, pero acaso no encuentre eco, y sea tan solo el porta-voz de lo que fué para no volver.

Aunque esta triste predicción no se realice, será tan difícil reunir en un alma aquel conjunto estraño del *Aita sarra*, como lo llamaban, del que cantó á la bella Donostiya,

Iru—chulueta maitagarria
Lore—toquiya zu será

en que se reunían delirios de niño y vagedades de artista, alma sin pesadumbres, independiente, original, que otro que nazca no será, nó, el cantor de la *euskalduna* tierra.

Iparraguirre, estraño en todo, en su vida y en sus actos, es el único ejemplar que cuenta el país vasco, pues era de las almas que Campoamor nos pinta al describir un mundo seductor;

.....
Dichosas almas que tienen
el delirar por costumbre,
y siempre hermosas visiones
con tierno afán las circuyen.
Que penetrando en el cielo
roban osadas la lumbré,
y luego pintan el mundo
con un color que seduce.

RAMON M. DE IRIBAS.

Buenos Aires, Octubre 5 de 1894.

MONUMENTO Á LOS FUEROS (A)

À LA VASCONIA (1)

Todo lo que se eleva á su mayor altura, comienza á declinar. Las cosas humanas sufren continuas revoluciones y trastornos. Si la fortuna te sonríe en un tiempo, en otro te afligirá....

Abul B'ka Selak.

DURA empresa es la de gobernar á los pueblos: difícil misión también la de éstos, para ser bien gobernados. A la malicia y el fraude del poder, han de oponer, ora la energía resistente del derecho, ora también la acomodaticia mansedumbre á que los obligan las circunstancias del momento.

En buena lógica, no es posible admitir como certeza, el viejo aforismo de que «cada pueblo tiene el gobierno que se merece,» pero ¡cuántas veces lo justifica el hecho escueto de la realidad.

El ilustre poeta árabe de Ronda, en un poema elegiaco á la caída de Sevilla en poder de los cristianos, lloraba amargamente lo instable de las humanas dichas, y aquel hecho histórico que honra á nuestra gran patria, España, y que honró á ilustres vascos en las hazañas de la contienda sobre el Guadalquivir, á bordo de las galeras que mandaba el heroico burgalés Bonifaz, fija una vez más el sello que con mil hechos memorables une nuestra notable historia de *euskaldunas*, con nuestra brillante historia española.

¡Y cómo de otra manera, si próceres y pueblo, han escrito con sangre derramada á torrentes, en Castilla y Aragón, en la península ibérica, en el viejo continente y en el nuevo, en todo el universo, por lo que dijo el poeta, que

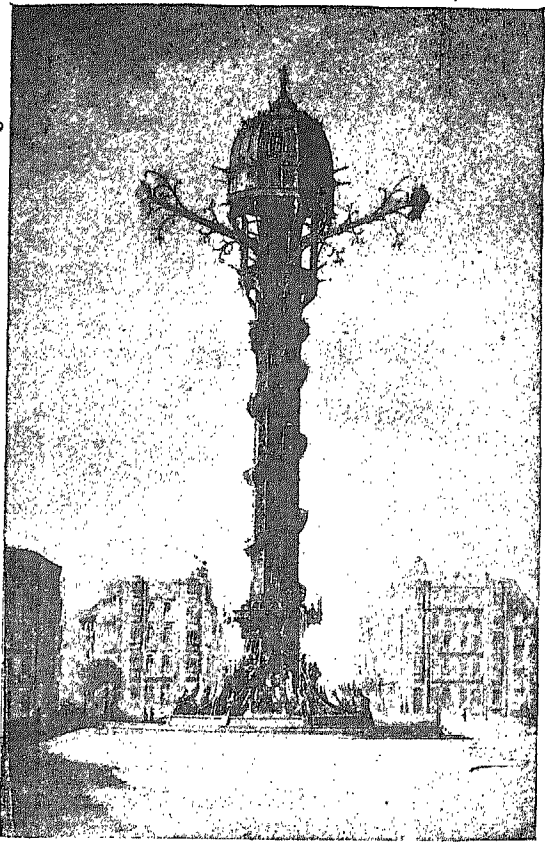
no hay un puñado de tierra
sin una tumba española

rasgos sublimes, hazañas memorables, portentosas acciones, honra y prez de cántabros y andaluces, de gallegos, navarros, astures y castellanos, monumentos de gloria, pactos providenciales que unieron para siempre en una sola patria las provincias diversas que ampara la sombra de la bandera gualda y roja.

Y sin embargo, las luchas civiles han arrastrado á hermanos contra hermanos, y hoy mismo, como en más nefastos días, las argucias de una desdichada política de exagerada centralización, dividen á la familia, fomentan la agita-

(A) Este artículo que debemos á la complacencia del conocido escritor y paisano nuestro, llevaba la fecha del pasado mes de Agosto, y contra nuestra voluntad hemos tenido que retrasarlo hasta hoy por la instalación del taller de fotograbado.

(1) Salvo la opinión de los *baskófilos*, pues en la hermosa lengua de Cervantes no hay más autoridad que la de la Academia de la lengua. Tendrán razón: creo que sí; mas también tendríamos los que hablanos vasco desde la niñez y que aprendimos en este dulce idioma los primeros monosílabos, para decirles que el vasquense actual no es el que ellos escriben y que concluirán por hacerlo ininteligible.



MONUMENTO A LOS FUEROS EN BILBAO
Ideado por D. M. Alberto de Palacio

ción, y allá, entre los valles de esplendente verdura primaveral, en los puertos de actividad febril, en los cantos del industrioso obrero y la pausada labor del tranquilo campesino, corren con el murmurio de los mansos ríos y con el viento huracanado que azota las altas cumbres, ecos de discordia, rumores de odio, rencillas de partido y apasionamientos de secta.

¿Porqué? ¿Cuál es la causa? ¡Los fueros! ¡Triste condición humana! Enemiga del reposo, anhelante en su vertiginosa marcha hacia un ideal que, elevando la moral, perfeccione la material vida de afanes y congojas, perturba las horas virtuosas del trabajo, la excitación del disturbio, originado por torpe comprensión del espíritu de la ley.

¿Qué son los fueros? Pactos seculares del país vasco con sus hermanos de patria, espíritu patriarcal de perfección política, democracia, en su amplio espíritu, no alcanzada por país alguno, más que el nuestro; religión, paz, familia, bienestar, todo, todo escrito en la memoria de nuestros primeros antecesores, y registrado, aceptado y admirado por el mundo entero, en solemnes contratos, en honrosísimos convenios, en libros de inmortal renombre y en hazañas y vidas ilustres que se destacan con magestuoso relieve en las páginas de la historia.

Y, sin embargo, campos opuestos de la am-

bición política, alzan por enseña la bandera de los fueros: el demócrata, con todos los errores de las modernas sociedades; el retrógrado, con todos los fanatismos de la Edad Media, y hasta en el campo del merodeo político, en esas medias tintas de liberal y conservador, sin matices chillones, sin gradaciones rápidas ni camliantes bruscos, todos tienen por divisa la vieja ley, el fuero venerable. El libertinaje y la licencia, el eclecticismo y el *laissez faire*, el freno y la coyunda, todos pregonan y simbolizan sus aspiraciones en la santa legislación de nuestros mayores.

¡Imposible! No hay conjunción aceptable entre opuestas escuelas y contrapuestas tendencias. ¿Es error ó malicia? ¿Serán frases para encubrir mezquindades de gobierno, pequeñeces de intención y vacilaciones del espíritu? ¡Quién lo sabe!

El progreso marca sus vías en el noble pueblo de Euskaria, y dá sus avances y muestra sus esfuerzos, diciendo al mundo: ¡Hè aquí el ímpetu de mi raza: venid pueblos, y enlazad vuestros verdes laureles á mis modestos trofeos, en el torneo de la industria y del arte!

Bilbao, cabeza dirigente del movimiento activo de las provincias vascas, futuro eje de la industria hispana, reúne en la Exposición Artística del presente mes, los elementos del taller, las concepciones del ingeniero y los encantos del arte siempre bello, en sus aplicaciones á lo útil y á lo grandioso. No olvida en el estruendo de sus fraguas el viril espíritu de sus hijos, ni quiere enseñorear á la materia sobre el ideal: busca, y se afana por recordar sus proezas, pidiendo al cincel del artista y al cerebro del científico, líneas, cuerpo y contornos que hermosteen el eterno recuerdo, el símbolo maravilloso de nuestras libertades, el venerando roble de Guernica.

Y otra vez, un insigne hijo de Vizcaya, (2) D. M. Alberto de Palacio, dá renombre al país natal y á su patria, con rasgos de originalidad sorprendente, presentando un proyecto (véase el dibujo de esta revista) donde campean el gusto artístico, la mesura de las líneas y la ajustadísima proporción de componentes, con la serena grandeza del símbolo representado: el árbol inmemorial. Destácase en el centro de una fuente monumental, un roble de 80 metros de altura que entreabre sus poderosos nudos para sostener tres robustas ramas, que representan las tres provincias vascongadas, cuyos añosos filamentos rematan en artísticas bellotas, fruto de la encina, emblema del poder que retoña y alumbra constituyendo poderosos focos de luz eléctrica.

El magestuoso roble se corona por estendida copa, que lo forma una magnífica cúpula re-

(2) Con menos achaques de salud y más espacio, prometo escribir un estudio detenido de las obras del eminente ingeniero, contestando así á su carta por demás modesta y simpática.

matada por una gran estatua con los atributos de la Ley y de la Justicia, y sostenida por elegantes columnas que rodean un esplendente salón de actos públicos, á que se arriba por una granera trepacea que empieza en la base del monumento y forma la escalera helizoidal de acero de comunicacion interior.

Llena el monumento, segun nuestras noticias, el carácter fundamental de nuestras tradiciones, perdidas allá en la noche de los tiempos prehistóricos y perpetúa así las libertades más antiguas, y simboliza la estrecha é inseparable union del *Irurac-bat*, de Alava la noble, de la industriosa Vizcaya y la gentil Guipúzcoa. Un real decreto, oportunamente espedido por el gobierno, preconiza la justicia del recuerdo y el derecho de la memoria, diciendo al mundo que el *fuero* vive, y no es estandarte subversivo en la monarquía que rige la augusta dama que, entre sus brillantes hechos, legará á la historia esta brillante hoja, entrelazada entre las seculares de la encina patriarcal del país euskaro, á cuya sombra caben todos los hijos de la patria grande y de cuya savia se nutren las tres hermanas inseparables y la poderosa hermana mayor, Navarra, en estrecho é imperturbable lazo que ondea triunfante y lozana al viento, luciendo con letras de oro el lema simbólico *Laurac-Bat*.

Y rasgando la pluma el papel, aviva el recuerdo, y diera quizás venero abundante á la fantasía en mejor cortada péñola. Pero no empecé para que les señale una fecha y una época magestuosa, olvidadas quizás en el trascurso de los tiempos (siglo XIII) pero que debieran ser de eterna recordación en la memoria de los vascos y navarros. Me refiero á un hombre y á una batalla: Rodrigo de Rada aquel, y ésta, la de las Navas de Tolosa.

Coincidía con el pasado mes, dedicada por este decenario al gigante azpeitiano, Ignacio de Loyola, el aniversario del histórico combate, en que las proezas de los españoles, viéronse coronadas por la mayor victoria alcanzada hasta entónces contra los musulimes, en las guerras de moros y cristianos. Y allá, sellando con sangre generosa hechos denodados y heróicos combates, brillando cual insigne y valeroso capitán, Sancho de Navarra que unió á su bermejo escudo, las cadenas que simbolizaban la valla insuperable salvada por su potente corcel, navarros, vizcainos, guipuzcoanos y alaveses, avanzan al empuje de su brazo y al brio de sus almas aguerridas, y vencen, talan, destruyen los obstáculos, segando cabezas de infieles en horrorosa matanza, cual si fuera aquél, pugilato de empresa entre los hijos de España, que, animados por la fé, admiraron al mundo y llevaron la palma insigne del héroe cruzado, si grandes, valerosos y gigantes los unos, atletas y esforzados los demás.

Entre aquella pléyade de héroes, brillaba sobre los pecheros y caudillos, sobre los caballeros y monarcas, el hábil consejero, el prelado caritativo, el guerrero de temple, D. Rodrigo de Toledo, lustre de la iglesia y de las letras, á la par que de las armas españolas, y así llamado por ocupar la metropolitana silla de la imperial ciudad.

Era el nombre del arzobispo toledano, Rodrigo Jimenez de Rada, natural de Puente de Rada, en Navarra, y notablemente versado en diversas lenguas, quien pronunció aquella oración latina que fué su triunfo en la reñida disputa del IV concilio general contra los metropolitanos de Braga y de Santiago, sobre la primacía de España, vertiéndola él mismo á los pocos dias al italiano, tudesco, inglés, castellano y vascuence. (3)

Como estudiase en Paris y pasase su vida en Castilla, se lee en su sepultura este concepto en mal latin, segun un biógrafo: Mi madre es Navarra; Castilla mi nodriza; Paris mi escuela: Toledo mi domicilio: Huerta mi sepultura: el cielo mi descanso.

Pero, toca á LA VASCONIA, aprontar datos y componer biografias, que ya me he pasado de la cuenta, abusando de los *fueros* de escritor, y de lo abundoso de las *frases*, ántes de poner *fecha* al pié de estos borrones.

Dos palabras para rematar: ¿Es el pueblo actual, el mismo que fué en la historia? Declinó y sube acaso otra vez á la altura de su pasado?

Digamos glosando al poeta: Sonrisas y lágrimas componen el collar de la vida: las lágrimas enseñan y fortalecen, el hierro se bate en nuestras fraguas y es mas fuerte á cada golpe.... Aprendamos en el infortunio.

MARINO BRAIS.

Buenos Aires, 8 de Octubre de 1894.

(3) ¿Se habrá perdido tan histórico documento? Yo no sé. Eso á Vds.

ADVERTENCIA

Debido al mal tiempo de estos últimos dias, no ha sido posible preparar con oportunidad los trabajos de fotograbado. Esta circunstancia ha sido la causa del retraso del presente número.

La Redaccion.